

Año II.

7 de Diciembre de 1890.

Núm.º 53

# LA VALENCIA COMICA.

Lit. Vda de Ismael Haese. Colon, 7 y 9. Valencia.

**ARTISTAS DE ÓPERA**

(Teatro Principal)



E. PASTOR

SAFFO BELLINCIONI





Estamos metidos en un berengenal que ya, ya.

Las cuestiones de los hombres políticos traen malhumorados á todos aquellos que tienen ideas, ya fusionistas, ya conservadoras.

“Las Cortes se han de abrir cada año.” Así reza la constitución, con la cual andan á vueltas los ministeriales y los de oposición.

¡Y no digo yo si levanta polvo la tal cuestión!

El mismo Castelar quiere volverse revolucionario si las Cortes no se convocan aún este año. Así es que los posibilistas están con el alma en un hilo y á punto de armarse.

—¿Timoteo, qué haces?—dice la cariñosa esposa viendo á su marido con el arma en la mano.

—Estoy limpiando el sable.

—Pero si hay dinero en casa.

—Calla, ignorante, es que nuestro jefe quiere volverse revolucionario y hemos de estar preparados.

La esposa, que también es de armas tomar, empieza á frotar el sable para darle gusto á su esposo y para que éste vea que abunda en ideas avanzadas.

En otras casas, la situación política lleva al seno de las familias el desasosiego y el mal humor.

Un señor fusionista, que todo lo espera de Sagasta, y hace bien en esperar, anda todos estos días caviloso por causa de la apertura de las Cortes.

Como se vé contrariado en sus ideas y no tiene aquí á Fabié ni á Cánovas para desahogarse como deseara, su mal humor viene á pagarlo su mujer, á quien llena de improperios y la maltrata de una manera horrible.

La pobre esposa se toma la molestia de leer todos los periódicos, y cuando éstos anun-

cian alguna crisis en contra del partido de su esposo, se pone á temblar de un modo alarmante y hasta le caen dos dientes postizos que lleva, de cuando Sagasta ocupó por primera vez el poder.

De resultas de los últimos acontecimientos la pobre mujer ha salido descalabrada de una zapatilla que su esposo le arrojó á mano airada.

Llorosa y triste va á contar sus penas á la vecina del piso de arriba.

Esta le pregunta:

—¿Qué tiene usted, doña Aquilina?

—¡Ay, amiga mía! Ese Sagasta va á ser mi perdición.

—¿Le ama usted en secreto?

—Cá, de ninguna manera, es que mi esposo está con él, y cada vez que pasa algo en el partido, se pone furioso y vengo á pagarlo yo. Ya vé usted, de resultas, tengo este carrillo hinchado.

—¿De resultas del partido?

—Nó, de una zapatilla *entera* que mi esposo me arrojó.

\*\*\*

Las elecciones de diputados provinciales son este domingo.

Según noticias, de los candidatos que se presentan, hay algunos que salieron de menor edad la semana pasada.

Así es que la emoción de éstos es grande y las familias de los mismos temen por su salud.

Las mamás, con toda la solicitud que les es característica, les preparan tila y otros calmantes por si la derrota viene á derrumbar ilusiones.

Conozco una señora muy amante de su hijo, que al saber que éste se presentaba candidato á diputado, quiso darle una sorpresa y le mandó bordar un lazo como los de primera comunión, con fleco y todo, y con una inscripción que decía: “A mi hijo Candidito, diputado electo, en prueba de admiración y cariño. Su madre.”

Al verlo esto el hijo lloró de gusto y abrazó á su madre y le dijo:

—Si todos me quisieran como tú, mi triunfo sería seguro.

—Calla, hombre, que ya he interesado yo en tu favor al tendero, al sastre y al zapatero, y les he dicho que tú harás mucho por ellos y que no eres desagradecido.

\*\*\*

Sigue siendo en los teatros de esta capital numerosa la concurrencia.

En el Principal, los cantantes han caído de pies, y como se vé, no ocurre lo de otros años



que se pasaba á degüello á todos los artistas.

Se está ensayando y muy pronto será su estreno, la ópera "Sagunto," del maestro Giner, libro de nuestro estimado amigo don Luis Cebrián.

De dicha ópera tenemos muy buenas noticias.

En la Princesa, la compañía del Sr. Cereceda ha obtenido la mejor aceptación del público, que aplaude á los artistas.

Las obras nuevas que se ponen, no pueden caer mejor, tanto por la ejecución como por el buen gusto con que se presentan.

Enhorabuena á la empresa.

En el teatro de Ruzafa, el público que gusta de impresiones fuertes, acude á ver los dramas que con tan buen acierto presenta y ejecuta el Sr. Cachet hábilmente, secundado por los demás artistas de la compañía.

Cada noche hay salidas á escena y repetición del final de la obra.

Del Sr. Soler, diremos que es un actor que con su talento, está sosteniendo el teatro valenciano, tan decaído y muerto en estos días.

Un aplauso á todos.

E. Balari.

## Un día de lluvia

— Monísima de mis ojos.

¿La cubro á usted?

— Muchas gracias.

Voy bien así.

— No lo creo.

— Pues como si fuera.

— Vaya,

Permítame usted ese gusto, Porque me da mucha lástima Que se vaya usted mojando Teniendo yo aquí un paraguas Tan hermoso.

— ¿De veritas?

— Palabra de honor.

— ¡Qué gracia!

Es usted muy tuno.

— Puede.

— Sí, señor.

— Y usted muy guapa.

— Ya lo sé, y además tengo Dos manitas muy jitanas, Que cumplen con su deber Cuando alguno se desmanda. — Pues estoy por desmandarme Por lo mismo.

— ¡Me hace gracia!

Hombre, dese usted un paseo, Que le hace bastante falta, Y no se arrime usted tanto

Ni me ponga usted el paraguas,

Que tengo yo quien me cubra

Siempre que me dé la gana.

— Eso es hablar claramente.

— Como que me llamo Clara.

— ¡Claro! ¿Y quién es él?

— Un chulo.

Con remuchísima labia,

Que se canta con estilo

Y hace hablar á la guitarra,

Y además tiene un aquél...

— Hija, buen provecho le haga.

— Eso.

— Bien, ¿y qué más hace?

— Poco; soltarle dos guarras

Al primer tipo que no

Le mira como Dios manda.

— Será una fiera lo menos.

— No, señor, es una malva,

Pero cuando se enfurruña

Yo entiendo como las gasta.

En fin, si quiere usted verlo

Pásese usted por la Fábrica

De Tabacos cualquier día,

Y pregunte por *El Rasca*,

Que él le dará de mi parte

Algo que no se le caiga.

— Entonces voy á ir á verlo

Mañana por la mañana.

— ¡Quíá!

— Lo mismo que la luz.

— Si que lo dudo...

— Palabra.

Y voy á mirarle mal

Para que me dé las guarras

Que acostumbra.

— ¿Sí? pues hombre

No es preciso que usted vaya,

Que allí está junto á la esquina

Esperando que yo salga

Del taller, para irnos juntos

Al *restaurant*.

— ¡Caramba!

— ¿Es el de la estaca?

— Justo.

Sí, señor; el de la estaca.

— Pues entonces me retiro

Sin verle, porque me carga

Tener broncas en la calle

Con gente de mala traza.

— Claro está, como es usted

De la *higne lif*, se rebaja

Pongo por caso y...

— Lo dicho

La dejo á usted con su Rasca.

Conque adiós, hermosa mía.

— ¡Vaya usted con Dios, Jindama!

J. López Silva.

## Salveite y Bernadou

### I

Estamos en una ciudad populosa de Baviera, y es la Nochebuena. Por las calles, tapizadas de nieve y envueltas por la bruma, discurre la multitud entre el ruido de los carruajes y de las campanas, deteniéndose delante de los puestos de pastelería, instalados al aire libre, y de otros varios barracones y tinglados, en

donde se expenden mil variados productos. Rozando ligeramente las puertas de las engalanadas tiendas se ven pasar grandes ramas de verde acebo y abetes enteros cargados de rosquillas y buñuelos, llevados á brazos y dominando las cabezas de los transeúntes como una sombra de los bosques de Turingia, como un recuerdo de la naturaleza viva y salvaje en medio del invierno de la Ciudad. En la parte posterior de los jardines de la Residencia todavía se distingue un rayo del sol Poniente, conservando su color rojo á través de la



EL FRIO POR LEGUA



¡Cantares gitanos  
Me llegan al alma!  
Y en la Caja de Ahorros yo tengo  
La capa empeñada.



Los que se abrigan lo más interior posible.



—¿Quieres hacerte con una capa?  
—¡Claro que quiero!  
—Pues resignándote á pasar un par de  
meses en el Abanico, estás del otro lao y  
con capa.



Una que tiene frío ó calor, según y  
conforme.



DE CONFIANZA, POR LEGUA



—Te advierto que estoy helada.  
 Sí, señor,  
 Y me hace falta un abrigo:  
 —Pues mira, vente conmigo,  
 Niña amada,  
 Y te haré entrar en calor.



bruma, y se nota por las calles tal alegría y tales preparativos de fiesta, que cada luz que brilla detrás de los cristales parece indicar que allí hay un árbol de Navidad. Estamos en el año de gracia mil ochocientos setenta, y el nacimiento de Cristo no es más que un pretexto para beber á la salud del ilustre Von der Than y celebrar el triunfo de los soldados bávaros. ¡Navidad! ¡Navidad! Hasta los judíos que habitan la parte baja de la ciudad andan regocijados. Ahí tenéis al viejo Augusto Chan que viene corriendo por la esquina de la «Garra azul.» Sus ojos de hurón jamás han brillado como esta noche. Nunca su enmarañada coleta se ha movido tan alegremente. Sobre la mugrienta manga de su trage descansa una cesta llena hasta los bordes y cubierta por sucia servilleta, debajo de la que asoma el cuello de una botella y una ramita de acebo.

¿Que irá á hacer el viejo usurero con todo esto? ¿Es que también él celebrará la Nochebuena? ¿Reunirá á sus parientes y amigos para conmemorar el triunfo de su segunda patria?.... Pero no, Nadie ignora que el viejo Chan no tiene patria. Su patria es la caja de caudales.

No tiene amigos, ni familia, nada más que deudores. Sus hijos, ó mejor dicho sus socios, forman parte del ejército desde hace tres meses. Allá se lo arreglan traficando detrás de los furgones del cuerpo de reserva, vendiendo aguardiente, comprando relojes de bolsillo y recorriendo por la noche el campo de batalla para registrar los vestidos de los muertos y destripar las mochilas abandonadas en las cunetas de los caminos. Demasiado viejo para seguir á sus hijos, Chan se quedó en Baviera haciendo magníficos negocios con los prisioneros franceses. Siempre al acecho, él es quien compra los relojes, galones dorados, medallas y libranzas al portador. Se le vé en los hospitales y ambulancias preguntando á los heridos, «¿tenéis algo para vender?»

Y en este mismo momento, si le veis andar con tal precipitación con su cesta al brazo, es por que el hospital militar se cierra á las cinco y allí hay dos franceses que le aguardan en aquel caserón sombrío con ventanas enrejadas y estrechas, sin que la Nochebuena tenga otras iluminaciones más que las pálidas luces que alumbran la cabecera de las camas de los moribundos....

## II

Los dos franceses se llamaban Salvette y Bernadou; eran del mismo pueblo; pertenecían al mismo Batallón de cazadores, y una misma bomba los había herido. Salvette era más fuerte, y ya se levantaba de la cama dando algún corto paseo por la sala de heridos, Bernadou no podía restablecerse; bajo las arrugadas cortinas de su lecho aparece su rostro lánguido que palidece y adelgaza cada día, y cuando habla del regreso á su tierra,

lo hace con aquella triste sonrisa propia de los enfermos, en la que se vé pintada la resignación y no la esperanza.

Sin embargo, aquel día estaba más animado pensando en la Nochebuena de las aldeas provenzales, en la salida de misa, en la iglesia adornada é iluminada, las calles oscuras y llenas de gente, y más tarde la velada junto á la mesa, con las tres antorchas tradicionales, *aioli*, los caracoles y la ceremonia del *cacho fio* (tronco de Navidad) que el abuelo pasea por toda la casa y riega después con vino cocido. «¡Ah, amigo Salvette, y que Navidad tan triste vamos á pasar este año!....

¡Si al menos tuviéramos con que comprar un panecillo blanco y un poco de vino clarete!... Este me consolaría antes de *pasar el arma á la izquierda*. ¡Si pudieramos aún remojár el *cacho fio*!...»

Al hablar del panecillo y del vino clarete, se animaron los ojos del enfermo. ¿Pero cómo se lo han de arreglar? Los infelices no poseen nada, ni reloj ni dinero. Salvette guarda aún entre la tela de su capote un bono pagadero al portador en las oficinas del Giro mutuo, que vale cuarenta francos, y que él reservaba para el primer descanso que hicieran después de su restablecimiento en una posada francesa. Aquel dinero es sagrado y no hay medio de tocarlo... ¡Pero está tan grave su compañero Bernadou! ¿Quién es capaz de asegurar que podrá ponerse en camino para su patria! ¿Por qué, pues, no solemnizar aquella Nochebuena que aún pueden pasar juntos? Hechas estas reflexiones, Salvette descose su capote y saca el bono esperando la llegada de Chan, que daba una vuelta todas las mañanas por las salas. Llega éste, y después de largo debate y discusión en voz baja, le desliza en su mano aquel pedazo de papel arrugado y amarillento que olía á pólvora y tenía manchas de sangre. Después se frotó alegremente las manos y mira á Bernadou con semblante risueño. A la caída de la tarde se coloca junto á la ventana con la frente pegada á los cristales hasta que vé aparecer entre la niebla de la desierta plaza la figura del viejo Augusto Chan que se dirige hacia el hospital con su cesta al brazo.

## III

La media noche suena con lúgubre tañido en todos los campanarios de la ciudad. La sala del hospital está silenciosa é iluminada por faroles suspendidos de la bóveda. Por el espacio flotan grandes sombras que al acercarse y vagar sobre las camas con su eterno balanceo, semejan ondular merced á la respiración fatigada de todos los enfermos. A intervalos se oyen palabras y frases incoherentes de los que sueñan, gemidos de los calenturientos, ayes de los heridos, mientras que desde la calle suben á confundirse debajo de aquellas bóvedas con todas aquellas manifestaciones de dolor, un murmullo vago de conversaciones, de pasos y ruidos que dan vueltas en aquella atmósfera serena y fría como un pórtico de vieja catedral.



—¿Duermes, Bernadou...?

Con el mayor cuidado y silenciosamente, Salvette coloca sobre la mesilla que hay junto á la cama de su amigo una botella de vino de Lunel y un pan redondo sobre el que campea erguida la ramita de acebo. El herido abre sus ojos brillantes á causa de la fiebre que lo consume. Aquella Nochebuena improvisada le parece verdaderamente fantástica á través de la indecisa claridad de los faroles y del reflejo blanco del techo, en donde la luz de la luna que penetra por los cristales se confunde con la blancura de la nieve.

¡Ea!, despiértate, paisano... No se dirá que dos provenzales han dejado pasar la Nochebuena sin remojarla con un trago de vino.

Y Salvette incorpora en el lecho á su amigo con los cuidados cariñosos que pudiera emplear una madre; en seguida llena dos vasos, corta el pan y comienzan á beber y hablar de su país; de la hermosa Provenza. Poco á poco Bernadou se anima por efecto del buen vino blanco... los recuerdos de la infancia acuden á su mente, y como los enfermos son también una especie de niños, se decide á pedir á Salvette que le cante un villancico provenzal. Su camarada no desea más que complacerle:—Vamos á ver, ¿quieres que cante el del *Huésped*, el de *Los tres Reyes Magos* ó el de *San José me dijo*. ¿?

—No, prefiero el de *los Pastorcillos*; es el que cantábamos siempre en mi casa...

—¡Vaya por los Pastorcillos!—dice Salvette. Y entonces á media voz y metiendo la cabeza por entre las cortinas de la cama, comienza á cantar el villancico. Al llegar á la última estrofa, cuando los pastores visitan á Jesús en el establo y han depositado ya á sus pies la ofrenda de huevos frescos y requesones, cuando San José les dice:

*Pastores, sed juiciosos;*

*Marchaos y que tengáis buen viaje.*

*Pastores,*

*Podeis marcharos...*

entonces el pobre Bernadou se desliza y deja caer pesadamente su cabeza sobre la almohada. Su compañero, creyendo que se ha dormido, lo llama y lo sacude, pero el herido permanece inmóvil, y la ramita de acebo, atravesada sobre los rígidos paños, parece ser la verde palma que se acostumbra poner á la cabecera de los lechos de muerte.

Salvette comprende lo que ha sucedido, y sollozando, un tanto ebrio por lo que ha bebido y otro tanto por el dolor, continúa su villancico con toda la fuerza de sus pulmones, y resuena en el silencio del dormitorio la alegre canción de la Provenza:

*Pastorcillos,*

*Podéis marcharos.*

Alfonso Daudet.

## CUIDADO... NO EQUIVOCARSE

### LETRILLA

Haciendo una variación

Y blasonando de rico,

En todas partes Perico

Asegura que es barón.

Y observad,

Como la alta Sociedad

Por su trato se desvive,

Como ansía

Toda elegante hermosura

Captarse su simpatía;

Ya hay niña que se figura

Que va á tener la ventura

De atrapar la baronía.

¡Qué ilusión!

Él busca una rica esposa

Por salir de situación

Tan peñosa...

Porque él debe al sombrerero,

Al aguador, al fondista,

Al lacayo, al adornista,

Al amigo, al... mundo entero;

Y Perico está apurado,

Pues al fin puede aclararse,

Que aunque es varón no es barón...

Cuidado... no equivocarse.

A darle aplausos y gloria.

Oídle bien:

Con la rapidez de un tren

Cita fechas, nombres, hechos...

¡Qué elocuencia!

No hay quien de imitarle trate;

Subyuga á la concurrencia.

Un párrafo, (no es dislate)

Parece un escapatate

De retórica y de ciencia.

Mas callad;

Que hay quien la echa de erudito

Y afirma con seriedad,

Que Juanito,

Su fama de orador cobra

Recitando entrelazados

Sólo períodos tomados

De esta, aquella y la otra obra...

¿Será cierto, ó es la envidia

Que en Juan pretende cebarse?

¿Tendrá talento ó memoria?

Cuidado... no equivocarse.

— ¡Qué hermosa está siempre Pura!

Es de belleza un tesoro;

Con sus cabellos de oro,

Con su arrogante figura,

¡Qué esbeltez!

¡Y qué sonrosada tez!

¡Y qué pronunciado seno!...

Mas me río,

Porque á una amiga taimada

Cuando elogia su atavío,

Contesta medio turbada:

«Postizo no llevo nada,

Todo es propio, todo es mío.

Y es verdad,

Desde los pies al peinado

Todo es de su propiedad.

Ha pagado

Las trenzas al peluquero;

El color al perfumista,

Las formas á la modista,

La estatura al zapatero...

Sin ello fuera una momia

Que no podría mirarse;

Todo, aunque es propio no es propio..

Cuidado... no equivocarse.

— El joven y apuesto Gil,

Casó con Doña Simona,

Que es una rica jamona

Que anda arrastrando un pernil.

Y es de ver,

Como Gil á su mujer

La quiere que la idolatra.

No ha pasado

Gil de ser siempre un perdido;

— Juan es dios de la oratoria:

Donde quiera que habla Juan,

Las gentes, ansiosas van





¡Ya nos entran los pájaros!

Tu traje es muy distinguido,  
Pero no me explico, chica,  
El que siendo tú tan rica  
Te tases así el vestido.

—Mira que polla, Tomás.  
—¿Esa que va con García?  
—Pues me gusta más la mía  
Porque vale mucho más.

Es extraño que este guante me venga tan estrecho...  
Ayer me venía muy bien.



Mas á la vieja ha gustado,  
Y á Simona ha convencido  
Como á muchos, que es marido,  
Que por amor se ha casado.  
Si señor:  
Él con eso á nadie engaña;  
Mas, que es sincero su amor,  
Es patraña;  
Porque en varias ocasiones,  
Gil demuestra, sin querer,  
Que casó con su mujer  
Por amor... á sus doblones;  
Y el amor al vil metal,  
Por lo que Gil fué á casarse,

Aunque es amor no es amor...  
*Cuidado... no equivocarse.*

El propietario Sarmiento  
Compra extensas heredades,  
Dando cortas cantidades  
Al veinticinco por ciento.  
El señor  
Sólo presta por favor  
Al pobre; pero ya sobra  
De revista:  
¿A qué contar lo sabido?  
El mundo aparta la vista  
Por no indagar lo escondido.

Y de un comparsa atrevido  
Se forma un protagonista.  
Y es de ver,  
Como todos van á una  
Buscando el medio de hacer  
Su fortuna:  
El ladrón se finge probo,  
El pretencioso modesto:  
El torpe se hace el dispuesto  
Y el pícaro se hace el bobo...  
Los hombres sólo procuran  
Unos á otros engañarse,  
Conque amigos, ojo alerta!  
*Cuidado... no equivocarse.*

Genaro Genovés.

## EL QUITASOL

(Cuento de ciencias naturales)

Érase un hombre especial; un ente raro que llamaba la atención de cuantos le conocían. Su edad, sesenta años; su profesión, naturalista. No tenía mujer, porque su afición no se extendía al estudio de esa clase de bichos. También carecía de madre, aunque según pública voz y fama, la había tenido en sus primitivos tiempos. No le quedaban, en fin, más que dos seres queridos: su correspondiente sobrina, de la cual era tío y curador, y un quitasol famoso, antiguo y fiel acompañante suyo en cuantas excursiones hacía.

Ignorante de todo lo que pasaba en el mundo, confundía perfectamente á Calvo con Villi-Hayden, á Sarasate con Angel Pastor. En lo relativo á la política, ni se ocupaba de leer un periódico, ni supo jamás el partido del gobernante Gabinete: sólo conocía el gabinete suyo, en donde se pasaba las horas muertas contando las patas á los moscones, observando los variados colores de las mariposas y atravesando á volapié los escarabajos con sendos alfileres.

Su aplicación al estudio de la naturaleza era tan excesiva, que favorecido por la salud y la robustez de su cuerpo, pasábase horas, y aún días enteros, en el campo, sin que le amedrentara la fuerza del sol, del frío, ni de la lluvia. Regresaba á su casa con gran provisión de avechuchos, y esto constituía la mayor de sus felicidades. En efecto: ¿qué significaba para nuestro hombre el amor, ora tranquilo, ó ya vehemente (artículo siempre para él de última necesidad), comparado con el reciente descubrimiento de una nueva especie de mosquitos?

Las ciencias naturales, en fin, le tenían en tal disposición, que ni hacía caso de su sobrina (virtuosa de por sí), ni mucho menos pensaba en casarla con el pretendiente (vago de oficio) que tenía: caballerito que, á pesar de todo, no debía desagradar al tío, porque era muy *moseón*, por cierto.

La chica había habido repetidas veces de su proyecto al buen señor; mas, como éste la

contestara siempre en forma negativa, no es extraño que la pobre, virtuosa de por sí, tomase una resolución no muy cristiana, pero en cierto modo disculpable.

Una nebulosa mañana (del mes que ustedes quieran) andaba el naturalista por esos campos de Dios, de surco en surco, de mata en mata, y siempre en cuatro pies, buscando animalitos, cuando vio á lo lejos y en un camino que por aquellos parajes cruzaba, dos personas, de distinto sexo al parecer, que á gran velocidad se dirigían en sentido opuesto á la población. No dejó de llamar la atención de nuestro hombre el aspecto de aquella pareja, para él no desconocida. La distancia que le separaba de los caminantes era considerable; pero él sin embargo de ser algo sordo, veía de lejos perfectamente.

Pensando en tal pareja, volvió á su casa con más premura que de ordinario; y con un recelo tan oportuno como justo, buscó, y buscó en vano á la niña virtuosa de por sí, á quien otras veces el cariño sobrina la hiciera esperar con impaciencia el regreso de su científico tío.

Entra, por último, en el gabinete, y cuál su asombro no sería al hallar sobre la mesa una carta, concebida en estos términos:

«Tío querido: Comprendo perfectamente que una sobrina de familia, preciada de su virtud, no debe ausentarse nunca de la casa del tío. Pero al verme locamente enamorada, y al verme dentro de su corazón de usted pospuesta á los bichos, he decidido hacer esta escapatoria, que espero me perdonará. Ha protegido nuestra fuga el padre del hombre á quien amo, que es de la Sociedad protectora de los animales. Suya desgraciada... Rosa.»

Guarda el buen hombre la carta; asáltale repentinamente una idea; presa de un temor bien ajeno á la deshonra de su sobrina, recorre con suma celeridad todos los sitios de la casa; y al ver cuan en balde se molesta buscando su amado objeto, toma papel y pluma, y escribe con inseguro pulso lo siguiente:

«Querida Rosa: Después de haber cogido esta mañana dos docenas de saltamontes, me hallo en mi despacho con tu carta y sin mi quitasol; es decir, sin mi prenda más querida. Presumo que tú te lo habrás llevado, y todo



es perdonable menos eso, Casaos, pues, y mandádmelo á vuelta de correo. Mañana iré á explorar la era del Mico.—Tu tío, *Patricio Corraleja*»

La carta no llegó á su destino por carecer de señas. El ex-dueño del quitasol murió de pesadumbre, y los muchachos se unieron para siempre, habiendo demostrado que en *ciencias naturales* sobrepujaban al tío.

Juan Pérez Zúñiga

## NO HAGAS TAL

Viendo lo bonita que eres,  
Me lleno de sentimiento  
Cuando me dices que quieres  
Ingresar en un convento.  
Tú discretísima Elena,  
Que vas de la gloria en pos,  
Crees que para ser buena  
Hay que servir sólo á Dios.  
¡Ah! No olvides inocente  
Que en el claustro solitario  
Te aburrirás lindamente  
Como enjaulado canario.

Tu intención es muy austera,  
Muy sublime, muy sagrada,  
Mas créeme, no quisiera  
Verla nunca realizada.  
Ese Dios tan bondadoso  
A quien adoras ferviente  
No puede ver muy gustoso  
Tu conducta irreverente.

Él no quiso al darte vida  
Y darte de belleza,  
Que fueras flor escondida  
Entre hojarasca y maleza.  
Y así como puso en torno  
De su trono querubines,  
Te creó á tí para adorno  
De los mundanos jardines.  
¿Por qué, pues, flor encendida,  
Cáliz de castos amores,  
En lo mejor de tu vida  
Nos privas de tus colores?...  
¿Por qué, en selva retirada,  
Sin pecados que espiar  
Alzas á Dios la mirada  
De hinojos ante el altar?...  
¿Por qué las dichas terrenas  
Reusas con torpe anhelo  
Si sabes que á manos llenas  
Hoy te las prodiga el cielo?...

Sin dichas ni sinsabores  
El mundo es páramo frío,  
Y en él no pueden las flores  
Lucir su rico atavío.  
Cumple, pues, tu verdadero  
Destino sobre la tierra:  
No busques reposo austero...  
Pudiendo dar mucha guerra:  
Que tus ojos refulgentes  
En la amorosa jornada  
Darán á tus pretendientes  
La muerte en una mirada.  
No es el claustro retirado,  
Con sus rezos y oraciones,  
El marco más apropiado  
A tus raras perfecciones.  
Detén, pues, tu rauda vuelo  
En el mundo en que hoy habitas,  
¡Que Dios nunca niega el cielo  
A las mujeres bonitas!

F. Roig Bataller.

## IIIAY!!!

Ya no canta el ruiseñor  
Junto á su nido de amores,  
Ni dan perfume las flores,  
Ni el cielo tiene esplendor,

Ni hay belleza en la mujer  
Ni encanto tienen los días  
Ni las auras armonías  
Ni atractivos el placer.

No existe sobre el planeta  
Mas que farsa y vanidad.  
Solo una cosa es verdad:  
Que no tengo una peseta.

J. G. Capilla.

## UNA COSA ES PREDICAR...

Preguntóle á su madre cierto día  
La joven Rosalía,  
Si el darle un beso á un hombre era pecado,  
Y la madre objetó de miedo llena:  
—Pecado y gordo, nena,  
Pues jamás el Señor lo ha perdonado.

Bajó la vista al suelo la curiosa,  
Porque sintió una cosa,  
Que no acertó á explicarse su inocencia,  
Y rápido, cual rayo, en un momento,  
Cruzó su pensamiento  
Un recuerdo dormido en su conciencia.

Alzó otra vez la vista, y de repente,  
Con aire algo insolente,  
Frunció el ceño y con la cara adusta,

—Será pecado, pues lo dices,—dijo—  
Pero, según colijo,  
Bueno será por lo que á tí te gusta.

—Y pues besos le das cuando estás sola  
A tu primo Alberola,  
Sin miedo á condenarte por un beso,  
Cuando venga mi primo á verme un día,  
Un beso, madre mía,  
Daréle yo para saber que es eso.  
Sin poder contestar á tal chiquilla,  
Un beso, en la mejilla,  
Díola, muy fuerte, la azorada madre,  
Mientras decía con extraño mimo:  
—Dale un beso á tu primo,  
Pero nada le digas á tu padre.

Pedro Bonet Alcantarilla.

## EL COCHERO

(Traducción de A. March)

Quítense ustedes el sombrero y saludénte cortésmente.

La Providencia y el cochero son los dueños de la vida del hombre. Si vivimos es porque ellos nos dejan vivir.

Sin necesidad de apurar mucho la imaginación, los cocheros pueden compararse con los reyes.

Los reyes se sientan sobre el trono; los co-



QUISICOSA, POR FRADERA



—¿Oiga usted, hay arriba casa de huéspedes?  
—Creo que sí, pero no hay más que huéspedes.



Para ustedes.

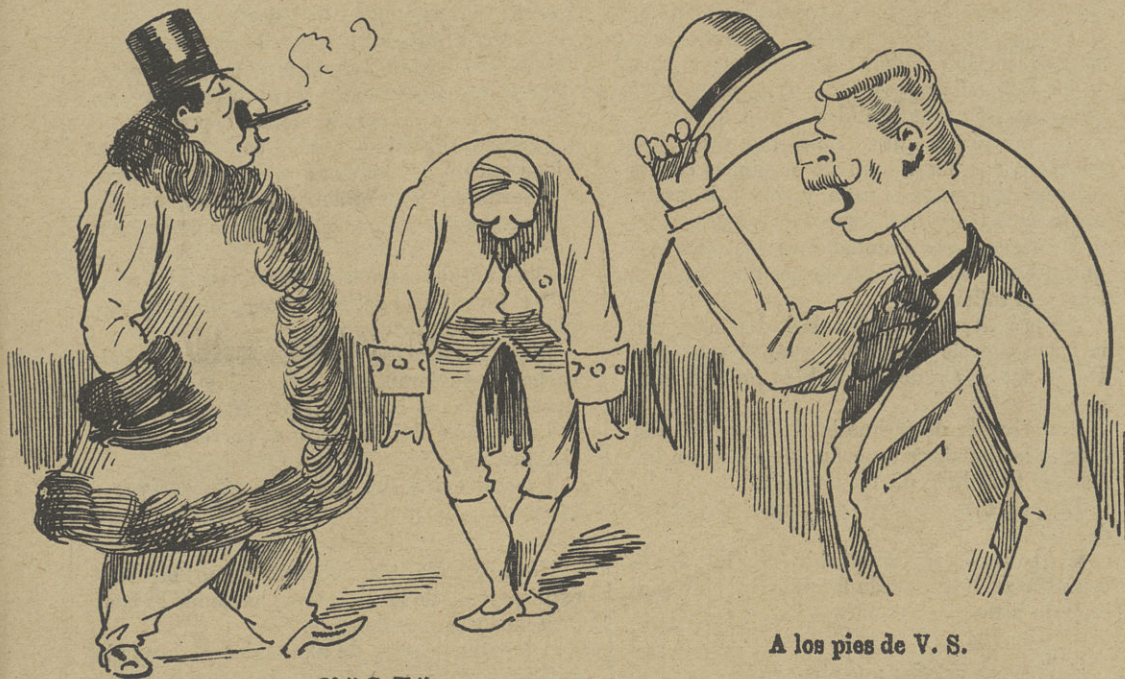


Para mí.

*Fradera*

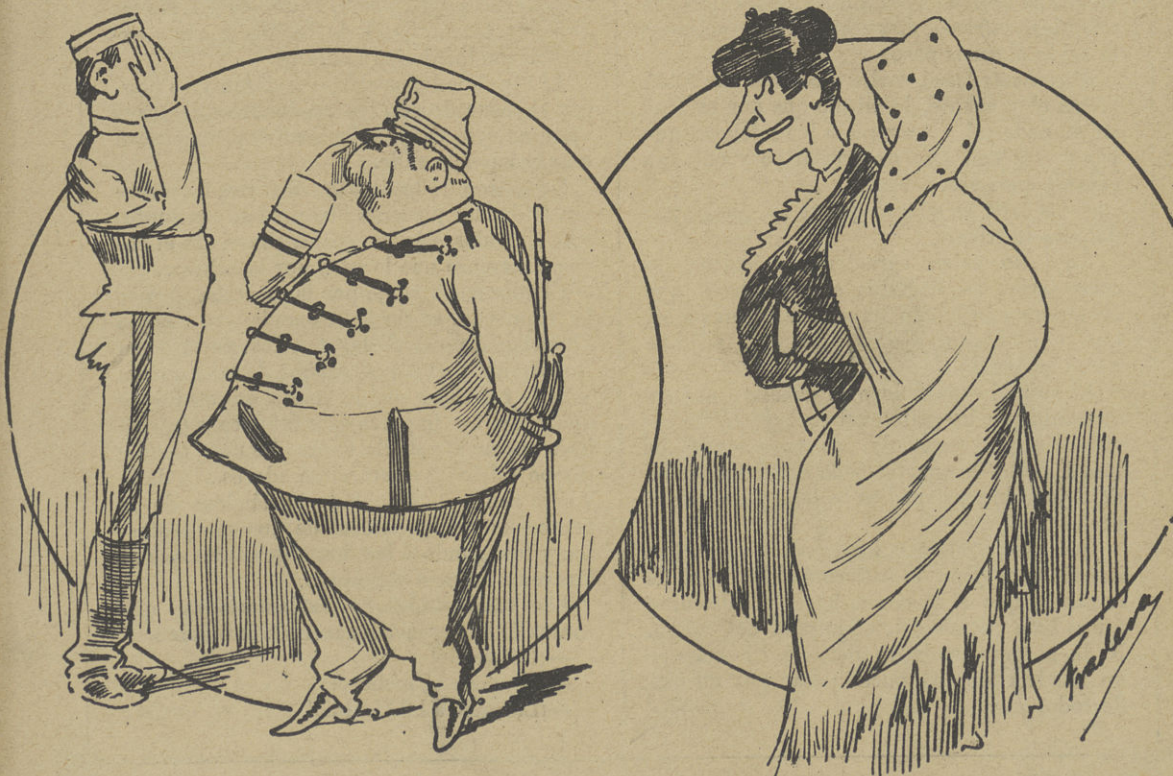


## SALUDOS, POR FRADERA



¡Oh!! S. E.!!

A los pies de V. S.



A la orden de V. S.

Anda con Dios, ¡cara triste!



cheros se sientan encima del pescante. Los reyes tienen cetro; los cocheros tienen látigo. Los reyes empuñan las riendas del Estado; los cocheros empuñan las riendas del carruaje.

Un rey nos dice: "Ordeno y mando..." y hace lo que le conviene.

Un cochero nos grita; "¡Ep!..." y nos atropella con la mayor facilidad.

Yo no sé por qué el clero, tan sabio, tan previsor, que ha inventado oraciones contra el demonio, contra el rayo y contra la peste, no ha inventado una contra el cochero.

De seguro que abundan más las personas que tienen miedo á los coches que los que temen al infierno.

La práctica lo justifica. Del demonio, con un buen acto de contrición, estamos salvados. De la embestida de un cochero no hay nada que nos salve.

San Vicente decía que ha de llegar un día en que los hombres tendrán que subirse á los árboles para huir de las mujeres.

El pobre santo oyó campanas sin saber donde.

Sí que tendremos que subírnos á los árboles, pero no huyendo de las mujeres, sino por huir de los coches.

\*\*\*  
¡Apártense ustedes que viene uno!

¿Va lleno? ¿va vacío? No lo sé; nada más sé que se acerca en esta dirección, como una máquina infernal, dispuesta á desgraciarnos si no le abrimos paso.

Miren ustedes el cochero con que majestad ocupa el pescante, lo mismo que una estatua en su pedestal, contempla á los infelices que van á pie con aire despreciativo y con una sonrisa que parece decir:

—La calle es mía: al que se me ponga por delante lo trituro.

Aquí no valen caracteres enérgicos, ni caras serias. Es doctrina establecida; el que no quiera morir bajo las ruedas de un coche, que se esté en un quinto piso y de allí que no se mueva.

El animal—me refiero al caballo—avanza alentado por los gritos del cochero. Toda resistencia por parte de los transeúntes es inútil. Se ha de apartar todo el mundo, se ha de dejar libre y expedita la calle para que el coche pase.

Quéjense, protesten, hablen de los derechos individuales y de la fraternidad humana. Es lo mismo que si quisiesen hacer un discurso á una bala cuando sale disparada del cañón. Nada la para, nada la detiene. El coche es un trasto libre que puede pasar por encima de todo.

Hasta por encima de las personas.

Puede darse el caso de ser la calle estrecha y no saber ustedes donde meterse; es posible que esté llena de barro y las salpicaduras los revistan á ustedes de pies á cabeza. No importa nada. La culpa es de los imprudentes que se atreven á pasar por calles estrechas y á salir de casa habiendo barro.

¿Ustedes no saben que al cochero todo le viene ancho? ¿Ustedes no saben que el barro que levantan y despiden los coches, ha de caer forzosamente por encima de la gente que va á pie?

Pues entonces no se quejen ni escandalicen.

Y si levantan el gallo y recogen un latigazo, bien merecido lo tendrán.

¡Pues hombre, no faltaba más sino que los cocheros tuvieran que ir por las calles de puntillas como las beatas por las iglesias!

La misión del cochero es correr, correr siempre...

La obligación del que va á pie, es apartarse.

\*\*\*  
No hay nada tan delicioso como oír las explicaciones de los cocheros, hablando de sus derechos y de sus deberes.

Sustentan teorías de una lógica y novedad asombrosas.

Las calles, los paseos, las plazas... todo ha sido hecho para ellos. Si la gente de á pie los transita es en virtud de la tolerancia y excesiva bondad de los cocheros.

El día que los cocheros quieran y se pongan de acuerdo con los conductores de tranvías, carreteros y velocipedistas, no pasará un alma por la calle.

Todo eso de la derecha forzosa, direcciones marcadas y aceras inviolables, son tontearías ridículas, de las cuales prescinde el cochero siempre que le pasa por la cabeza.

El guía su carruaje por la derecha ó por la izquierda, según le acomoda; va contra dirección á pesar de las señales puestas en las esquinas; pasa por encima de las aceras...

Si le conviene dar la vuelta en medio de una calle, no importa que ésta sea estrecha; hace entrar al caballo dentro de una tienda; rompe vidrios, aplasta mostradores... y da la vuelta con toda felicidad, burlándose de la gente que grita, riéndose de los que protestan y fustigando á los desvergonzados que se atreven á faltarle al respeto.

Las tempestades de exclamaciones que contra él se desencadenan no le intimidan.

—¡Detenerlo!

—¡Tomarle el número!

—¡Llevarlo á la Alcaldía!



¡Animal! ¡Bárbaro! ¡Salvaje!

Por un oído le entra y por el otro le sale.

¡Ya está hecho!

Suelta un latigazo al caballo, le da rienda... y ¡ala!... que le hagan un nudo al rabo.

¿Que ha causado averías de consideración? ¿que ha atropellado á uno? ¿que ha pisado á otro?...

El no lo sabe, ni quiere saberlo. Por eso huye, porque no le mareen con noticias desagradables que tal vez herirían su alma sensible.

Sabe muy bien de memoria el adagio:

—De los que huyen, algunos se escapan.

\*\*\*

Si á un cochero *pur-sang* le hablan de *miramiento*, *consideración á los que van á pie*, *atención al público*... se quedará estupefacto y es muy posible que ni aun entienda de qué se le habla.

¡Es decir—exclaman ellos en semejantes casos,—es decir que un cochero ha de andar con cuidado, corriendo poquito á poco, mirando si pasa alguno, evitando los atropellos y huyendo de rozar las paredes y puertas de

las tiendas! .. Y entonces ¿qué sacaríamos de ir en coche?

La réplica es incontestable y decisiva.

Los que van en carruaje han subido en él para ir de prisa. El coche ha de correr, volar si es posible, pasando sobre todo, salvando obstáculos, disolviendo grupos, desmenuzando escaparates, pulverizando seres humanos, sembrando la muerte...

No es el cochero el que ha de mirar por la vida é intereses de los ciudadanos; eso es cosa de ellos.

Esta es su defensa. La misma contestación que de seguro daría un gato, si los ratones fueran á quejarsele.

\*\*\*

Mírenlo ustedes por la esquina que quieren, los que vamos á pie no tenemos escapatoria posible. Hemos de dejarnos atropellar impunemente.

¿Será por esto por lo que hay tanta afición á ir en coche?

Es la única manera de librarse de la tiranía del cochero.

Manuel Millás.



¡Qué envidiosos son algunos hombres!

Creían que iban á hundir á D. Carlos Pastor, y se han fastidiado.

El discurso leído por éste el día de apertura le ha valido una gran cruz.

Lo que no sabemos es quien ha hecho la proposición.

Pero debemos creer que los Carlos Pastor abundan.

\*\*\*

Esto viene de Roma:

«Se ha concedido el honroso título de dama del Sagrado Corazón á la ilustrísima señora doña Vicenta Causa de Sanchis Pertegás.»

¡¡Tableau!!

\*\*\*

Almanaque de VALENCIA CÓMICA.—Magnífica cubierta al cromo, á diez tintas, dibujos de los mejores artistas y grabados al lápiz.

*Texto:* De Campoamor, Miguel Ramos Carrión, Taboada, Estrañi, Rafael M.<sup>a</sup> Liern, Zúñiga, Ansorena, A. Sánchez Pérez, Eduardo de Palacio, López Silva, Genaro Genovés, Enrique Gaspar, Fiacro Irayzoz, Narciso

Oller, Manuel Millás, Francisco Capella, Carlos Miranda, Ramón Trilles, José M.<sup>a</sup> de la Torre y de otros que no cito por falta de espacio.

Todo inédito y fresco.

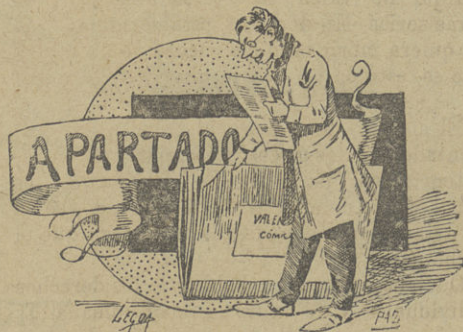
Precio: 2 reales.

**Libros:** Hemos recibido dos ejemplares del propósito en un acto y en verso, escrito en pocas horas por los Sres. Constantino Llobart y Ramón A. Cabrelles, titulado *La Cruz Blanca*.

Agradecemos el obsequio y felicitamos á los autores.

*Biblioteca Diamante.*—Novelas ejemplares de Cervantes; un tomito con buena impresión conteniendo las novelas tituladas «Las dos dencellas» y «La señora Cornelia.»

Se publican en Madrid, redacción de la «Voz de los Gremios.»



J. F.—Barcelona.—Sí, señor, irá la poesía. El monólogo ¡Oh dolor! no me pareció publicable. Y, créame usté, no hay necesidad de hacer los epígrafes en forma de cartel..

Quedan más de siete cartas por contestar.

Imp. y Lit. de Emilio Pascual



# Sección de Anuncios

## VALENCIA CÓMICA

SEMANARIO ILUSTRADO

Precios de suscripción: 2 pesetas trimestre

Dirección y Administración:

GALLO, 3 BAJO

Toda la correspondencia  
al Administrador.

COLOÓN

7 y 9

Grabados, Geografías, Autógrafos, Cro-  
mos. Especialidad en países para Aba-  
nidos.  
Impresiones Editoriales, Ar-  
tísticas, Religiosas y Admi-  
nistrativas. Banca, In-  
dustria y Comercio.

Establecimiento Cromo-Litográfico

DE LA  
VIUDA DE ISMAEL HAASE  
COLÓN, 7 y 9

FEDERICO VELA

FOTÓGRAFO DE LA REAL CASA

DEL EXCMO. AYUNTAMIENTO DE ESTA CAPITAL

PREMIADO

CON LA CRUZ DE ISABEL LA CATÓLICA

4, Hierros de la Ciudad, 4

VALENCIA

ALMACÉN de PAPEL

DE

ISIDRO BALARI

GALLO, 3, BAJO

VALENCIA

Surtido completo en pa-  
peles del país de las más  
renombradas Fábricas.

Ventas al por mayor  
y menor.

Papeles

económicos

D. Julián Rodríguez  
en Madrid

Valencia Cómica

DE

encargado de la venta

CORRESPONSAL

Habana

OBISPO, 55, LIBRERÍA  
Galería Literaria

Sra. Viuda de Pozo e Hijos  
ISLA DE CUBA

VALENCIA CÓMICA

DE

VENTA  
SUSCRIPCIÓN Y RECLAMACIONES

PAPELERÍA, IMPRENTA Y LITOGRAFÍA

DE  
EMILIO PASCUAL

Puerto, núm. 36, y Comedias, 11 y 13

En este acreditado Establecimiento encontrará el  
público un esmerado, puntual y económico ser-  
vicio en toda clase de **trabajos Tipo-  
Litográficos**, y muy especialmente  
en los referentes al Comercio,  
Bancos de crédito y Casas de  
préstamos; Empresas de  
Ferretería, Sociedades  
y de minas y  
recreativas,  
etc., etc.